

# Martirologio, etnología y espectáculo: la Exposición Misional Española de Barcelona (1929-1930)<sup>1</sup>

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ  
Dpto. de Prehistoria y Etnología,  
Universidad Complutense. Madrid

## RESUMEN

Tras el éxito cosechado por la Exposición Universal Misionera celebrada en el Vaticano en 1925, la Iglesia católica vive una etapa de euforia expositivo-misional que alcanza su segundo momento de gloria en España, en 1929-1930. Formando parte de la Exposición Internacional de Barcelona se organiza entonces una exposición misional en la que participan todas las órdenes y congregaciones misioneras presentes en España. Aunque la exhibición tiene una marcada orientación martiriológica, la inmensa mayoría de los objetos presentados pertenece al ámbito de la etnografía, a los que se suman además numerosas esculturas de tipos nativos. Como complemento de la exposición se organiza un amplio repertorio de actos de enorme interés material y sobre todo simbólico: jornadas de estudio, congresos, cabalgatas, misas multitudinarias, etc. En el texto se analizan todos estos eventos y se valora el uso que las órdenes religiosas hacen de los materiales etnográficos y de los conocimientos etnológicos disponibles.

**Palabras clave:** Exposición misional, Exposición Internacional de Barcelona, Etnología, Etnografía, Iglesia Católica, Misionología.

## SUMMARY

After the successful Vatican Universal Missionary Exhibition of 1925, the Catholic Church gathered an euphoric exhibitionary-missionary momentum that reached a new climax in Spain a few years later. As part of the International Exhibition of Barcelona of 1929-1930, a Missionary Exhibition held there attracted all the missionary orders and congregations working in the country. Although this exhibition had strong martiriologic

---

<sup>1</sup> Estudio realizado en el ámbito del proyecto de investigación titulado «Imperios, pueblos y colonias en las exposiciones universales: una aproximación al caso español», dirigido por el autor y financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (ref. BHA2003-02264). Agradezco a Isabel de Colmenares Brunet, de la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona, su acertada indicación bibliotecaria y a Àngels Riu i Bou, de la Biblioteca de la Abadía de Montserrat, las facilidades concedidas para la reproducción del catálogo de la exposición misional. Gracias igualmente a Carmen Ortiz García, por sus correcciones del original, y a uno de los evaluadores del artículo, por sus observaciones.

overtones, the majority of the objects then presented—including many sculptures of native types—were of ethnographic interest. Supplementary to the exhibition, an extensive repertoire of materially significant and symbolically charged events was also offered: days of study, conferences, civil and religious processions, mass eucharists, etc. The author analyzes these events and ponders on the use made by the religious orders of both ethnographic materials and ethnological knowledge.

**Key Words:** Missionary Exhibition, International Exhibition of Barcelona, Ethnology, Ethnography, Catholic Church, Missionology.

## 1. INTRODUCCIÓN

La acción evangelizadora forma parte de la esencia del cristianismo; de hecho, en ocasiones se nombra a Jesucristo como «El primer misionero». Con el transcurso de los siglos, la práctica misional fue siendo asumida de manera intensa, y también interesada, tanto por la jerarquía eclesiástica y las diferentes congregaciones religiosas como por no pocos de los mismos fieles. Tras producirse la Reforma, es la Iglesia católica la institución que desarrolla una actividad misional más intensa, no siendo relevante la proyección misional de las iglesias protestantes hasta finales del siglo XVIII. A partir de ese momento y, sobre todo, mediada la centuria siguiente, el impulso de las iglesias reformadas crece de forma exponencial frente a la mucho más tradicional y encorsetada expansión del catolicismo, lo que ha supuesto a la postre que se esté debilitando ya desde hace décadas la propia catolicidad de muchas naciones tradicionalmente católicas, sobre todo en África y América del Sur. Pero es evidente que tanto la esencia como la práctica de las misiones católicas y protestantes han sufrido transformaciones con el transcurrir de los siglos: poco tienen que ver la mayoría de las actuales iniciativas misionales con las de los primeros momentos del cristianismo, con las asociadas a la expansión ultramarina de los siglos XVI y XVII o con las vinculadas al imperialismo europeo de la segunda mitad del XIX y la primera del XX. También es obvio que han existido y existen «tradiciones» o modelos diferenciados de poner en práctica la misión, dependiendo de la confesión y la orden o sociedad religiosa que asuma el empeño. Por supuesto, tampoco hemos de olvidarnos de circunstancias y condicionantes menos espirituales, relacionados con el mayor o menor empuje económico de esas órdenes, con el apoyo o la indiferencia—cuando no la oposición—de gobiernos y monarcas y con las más o menos tensas o fluidas relaciones que en el ámbito católico mantienen los provinciales y las máximas autoridades de las congregaciones entre sí y con el propio Vaticano. En cualquier caso, aunque ha sufrido reveses trágicos—tanto estratégicos como humanos—, la expansión misional católica se puede ca-

lificar de muy exitosa, al menos en lo que se refiere al ámbito de la conversión. Con todo, hace tiempo que gran parte de estas misiones ha dejado en un discreto segundo plano las tareas de cristianización y ha optado por desarrollar proyectos humanitarios que se acercan en alguna medida a los que podría llevar a cabo casi cualquier ONG.

Pero aquí nos interesan otra época y otro contexto de expansión misional, muy distinto al contemporáneo. Vamos a estudiar la «Exposición Misional Española» organizada durante la Exposición Internacional de Barcelona de 1929-1930. Aunque quizás fuera innecesario hacerlo, considero conveniente anotar que, pese a la gran importancia de este acontecimiento, su organización —y la de cualquier otra exhibición misional, incluida la gran muestra vaticana de 1925— no resume de ningún modo la actividad propagandista misional católica durante un periodo, aquel primer tercio del siglo XX, que se muestra repleto de iniciativas.

## 2. LAS EXPOSICIONES MISIONALES DE LA IGLESIA CATÓLICA

En un muy citado artículo sobre las *ethnographic showcases*, Raymond Corbey (1993: 358) asegura no tener conocimiento «of any human showcases within the context of missionary propaganda, but other practices of categorizing, picturing, and exhibiting uncivilized, 'heathen' peoples had much in common with more profane happenings». Sabemos, sin embargo, que sí existieron tales exhibiciones misionales *vivas*<sup>2</sup>, al menos en el ámbito protestante británico (Coombes 1994; Erlmann 1999). Es cierto, no obstante, que si bien las dos autoras citadas —sobre todo Coombes— estudian de forma brillante las parcelas etnológica y museográfica de esas exposiciones, apenas nos dicen nada sobre cómo plantean los misioneros de la Iglesia anglicana la exhibición de nativos. Pese a todo, la observación de Corbey sigue teniendo vigencia en lo que se refiere a la Iglesia católica: hasta el momento, no existe documentación alguna que demuestre que en el contexto católico se hayan organizado exhibiciones etnológico-misionales *vivas*<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Entendemos por «exposición *viva*» aquella en la que se presentan seres humanos como parte intrínseca del evento. En ocasiones, la exhibición se camufla con el desarrollo de algún tipo de actividad o tarea singular por parte de dichos personajes; en otras muchas se lleva a cabo de forma directa y sin tapujos y, a veces, de manera decididamente brutal y animalizada.

<sup>3</sup> No obstante, sí intervienen determinadas autoridades misionales católicas en las tareas previas a la organización de algunas exhibiciones coloniales oficiales *vivas*. Un ejemplo muy claro lo tenemos en la intensa actividad desempeñada por los miembros de varias órdenes regulares y, sobre todo, por el arzobispo de Manila, el dominico Fr. Pedro Payo, en el acopio de materiales y en el reclutamiento de nativos para la Exposición de Filipinas, celebrada en Madrid en 1887 (Sánchez Gómez 2003).

En principio, el hecho de que las órdenes católicas no hayan recurrido a la exhibición pública de «salvajes» paganos o de ex-salvajes redimidos por la fe, podría ser interpretado como una prueba del respeto y amor fraterno que sienten los misioneros por *sus* nativos. Alguien podría argumentar que, sencillamente, no cabe en el ámbito de la fe católica la exhibición de seres humanos como si de animales se tratara. Claro está que quienes así opinen no habrán de considerar relevantes las numerosas ocasiones en las que los misioneros plantean tal asociación —entre nativos y animales— en escritos y manifestaciones de todo tipo, incluso durante fines del XIX y comienzos del XX. Pero al margen de que se aplicara o no aquella restricción de índole moral, quizás ocurriera simplemente que existían otras opciones expositivas de seres humanos mucho más útiles, como efectivamente comprobaremos<sup>4</sup>.

La modalidad más incruenta, presuntamente ética y siempre efectiva que asumen los misioneros católicos —y sin duda también los protestantes— para exhibir a seres humanos, tanto cristianizados como sin cristianizar, es la que se desarrolla y propaga a través de la fotografía etnográfico-misional. Desde el momento en que se comienza a extender el uso de la fotografía, los misioneros recurren a la captación y distribución de imágenes que les muestran a ellos mismos junto a sus exóticos recién convertidos, o en trance de serlo, apareciendo tanto en actitudes teatralizadas de conversión como en poses formales de corte académico-doctrinal. Y, por supuesto, junto a estas imágenes de pleno ambiente misional se recurre a la reproducción y distribución de otras pretendidamente etnológicas, que presentan las facetas más brutalmente salvajes o cándidamente exóticas de las gentes que aún no han recibido la bendición divina. Aunque ya desde mediados del siglo XIX se editan varias publicaciones periódicas misionales en España, quizás la mejor fuente documental —tanto gráfica como literaria— de toda esta actividad misional y propagandista sea la revista publicada por los jesuitas, entre 1914 y 1966, con el significativo título de *El Siglo de las Misiones*<sup>5</sup>. La calidad de la edición es excelente, y aún más destacables son sus reproducciones fotográficas, numerosas, variadas y enormemente sugerentes.

Adentrémonos ahora en otro ámbito de representación. Al margen de la «exposición» fotográfica, ¿ha recurrido la Iglesia católica a la pseudo-exhibi-

<sup>4</sup> He de reconocer, no obstante, que las razones que llevan a la Iglesia católica a no recurrir a la exposición etnológica *viva* están aún por explicar de forma adecuada.

<sup>5</sup> Durante algunos años se publica en Bilbao, luego en Burgos, pero la redacción se sitúa en todo momento en el Colegio Máximo de San Francisco Javier, en Oña (Burgos). Similar calidad editorial tiene, aunque con un despliegue gráfico algo más reducido, la revista *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España* (desde 1927), que nace en 1923 como *Boletín de la Unión Misional del Clero de España*.

ción pública de sus propios fieles como mecanismo para la consecución de nuevas conversiones o para la obtención de cualquier otra rentabilidad material o espiritual? Sin duda se trata de un tema complejo, que requiere de un análisis especializado que no estamos en condiciones de abordar en este momento, aunque no parece descabellado asumir que sí se ha echado mano a este recurso expositivo-publicitario de primera categoría para de este modo acercar la actividad misional a los creyentes y a la sociedad en general. Es posible, en efecto, documentar la presentación pública o semipública de nativos cristianizados en tierras europeas, siempre con la intención de manifestar las bondades de la práctica misional, la conveniencia de su mantenimiento y potenciación y, por último, para lograr el imprescindible apoyo político y económico de monarcas, gobiernos y particulares. También pudo haber sido eficaz el traslado a tierras europeas de monjas y sacerdotes nativos, cuya sola presencia habría de excitar la sensibilidad y la fe de quienes les contemplaran. En todo caso, es cierto que ninguno de los contextos citados se puede calificar *stricto sensu* de exhibición de seres humanos; de hecho, poco o nada tiene que ver lo que hasta aquí hemos reseñado con las exhibiciones *vivas* oficiales laicas —de carácter colonial o no— y con las etnográficas comerciales de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras décadas del XX. De todas formas, volveremos sobre esta cuestión más adelante, para comprobar que finalmente sí se ha producido alguna pseudo-exhibición católica *viva*, aunque de muy peculiar factura.

### 3. LA EXPOSICIÓN MISIONAL ESPAÑOLA DE BARCELONA

Varias circunstancias cooperan de modo muy favorable en el proyecto de celebración y en el éxito de este destacado certamen: la tradición misionera de la Iglesia católica en España; la expansión que vive el movimiento misional en los países católicos de una Europa convulsa, ya aparentemente recuperada de los desastres de la Gran Guerra; los deseos personales de Pío XI —llamado «el Papa de las misiones»— y, finalmente, el hecho de haberse organizado unos años antes la gran Exposición Misional Vaticana<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> La muestra vaticana se inaugura el 21 de diciembre de 1924 y se clausura el 10 de enero de 1926. A. R. Leone (1980) contextualiza adecuadamente esta exposición en el ámbito de la política misional vaticana de los Papas Benedicto XV y Pío XI y en el desarrollo de la etnología católica oficial que se sustenta en torno a la Escuela histórico-cultural encabezada por el etnólogo y sacerdote Wilhelm Schmidt. Wates (2005) —a quien agradezco que me haya remitido una copia de su estudio, aún inédito— estudia con detalle el museo etnológico-misionero creado en el Vaticano tras la clausura de la exposición, así como otras actividades vinculadas con la antropología realizadas en el ámbito misional durante todo el siglo XX.

A todo ello se debe unir la situación política que se vive en España, poco tiempo antes de la dimisión del general Primo de Rivera, con un estado plenamente confesional dispuesto a mostrar al mundo —a través de la exposición internacional de Barcelona que acoge el evento misional— que ciencia, tecnología y religión —la religión católica— no sólo pueden, sino que deben convivir en armoniosa comunidad de intereses y proyectos<sup>7</sup>.

De todas formas, es el mencionado contexto político confesional hispánico el factor más destacado que hace posible la materialización del certamen misional. De hecho, la iniciativa parte de la dirección de la exposición internacional, que ofrece a la Unión Misional Diocesana de Barcelona la construcción en el recinto expositivo de un gran pabellón dedicado a las misiones<sup>8</sup>. Tras la correspondiente autorización del prefecto de Propaganda Fide —el cardenal Willem van Rossum— y de la presidencia nacional de la Unión Misional del Clero de España —ocupada por Mateo Múgica, obispo de Pamplona—, el obispo de Barcelona Josep Miralles i Sbert<sup>9</sup> pone en marcha los mecanismos necesarios para la organización del certamen. La idea rectora continúa siendo entonces la misma que en su momento orientara la exposición del Vaticano, incluso reforzada: el afán por destacar la abnegación y el sacrificio del misionero y la necesidad de incrementar exponencialmente el número de conversiones. El prelado de la diócesis barcelonesa lo expresa con claridad en sendas circulares que dirige a los obispos y a los generales y superiores de todas las órdenes religiosas vinculadas con la actividad misional del país: «El provecho que de la Exposición esperamos para la causa de las Misiones es grande, pues nos brinda la ocasión de ofrecer a los ojos del público las luchas, trabajos y sacrificios de nuestros heroicos misioneros y los grandes frutos que en todas las regiones del mundo va alcanzando la Obra de la Propagación del Evangelio [...]»<sup>10</sup>. La participación en el certamen queda abierta a todas las órdenes e institutos misioneros que tengan establecida casa en España, al margen de que las misiones que se expongan estén confiadas o no a las provincias españolas de dichas órdenes.

<sup>7</sup> En este ambiente, no se desaprovecha tampoco la celebración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, durante la cual se organiza, en mayo de 1929, un Congreso Mariano Hispano-Americano y, ya en el mes de septiembre, el IX Congreso Internacional de Estudiantes Católicos (Solano 1986: 185).

<sup>8</sup> Tomamos la información de la revista *El Siglo de las Misiones*, 172 (abril de 1928): 129.

<sup>9</sup> El obispo Josep Miralles es el presidente de honor del comité ejecutivo. El presidente efectivo es el sacerdote Luis Homs Ginesta; son vocales los PP. Luis Bisbal, MSC y Víctor Elizondo, SJ; ocupa la secretaría el sacerdote Guillermo Aleu.

<sup>10</sup> *El Siglo de las Misiones* 172 (abril de 1928): 129-130. Circular fechada a 13 de julio de 1927.

### 3.1. *Excepcionalidad del contexto expositivo*

Antes de analizar los contenidos del certamen y las diversas actividades desarrolladas de forma paralela o complementaria al mismo, debemos hacer una anotación importante. La exposición internacional barcelonesa de 1929 es, que sepamos, el único evento de esas características que acoge una gran exposición misional. Es cierto que antes y después de ese año se presentan secciones misionales en exposiciones *coloniales*, tanto nacionales como internacionales<sup>11</sup>, también en la iberoamericana de Sevilla de 1929-30, que tiene una orientación parcialmente colonial. Sin embargo, nada similar se documenta en una exposición estrictamente universal o internacional<sup>12</sup>. Los jesuitas PP. Elizondo, Laurbilza y Zurbitu lo expresan de forma más apasionada:

Pero hay en la Exposición [Misional] Española de Barcelona una nota sumamente simpática y que la hace única en su género. Y es ello ser una Exposición Misional Católica, que entra como parte integrante de una de las Exposiciones Internacionales más gigantescas y espléndidas que ha contemplado el mundo (Elizondo 1928:133).

Cabe la gloria a España de haber sido la primera en copiar la feliz iniciativa dada en Roma con la Exposición Vaticana del Año Santo y la primera aún incluyendo a Roma en levantar, y en un campo tan apto para la propaganda como una Exposición Universal de los vuelos de la de Barcelona, un Palacio expresamente dedicado a exponer y reflejar la Obra grandiosa de la Iglesia en las Misiones Católicas (Elizondo, 1930: 363).

¿En qué nación del mundo se ha dado una nota análoga de «credo católico» en una Exposición internacional? (Laurbilza 1929: 218).

Gloria insigne de la católica Barcelona es [...] haber querido y sabido oficialmente santificar este magno certamen de cultura internacional, con una nota tan espiritualista, cristiana, educadora, fecunda y sublime como es el recuerdo plástico [*sic*] de más de media humanidad alejada aún del centro de toda civilización, como es Nuestro Señor Jesucristo. No hay duda: en este respecto ha superado Barcelona a todas las ciudades del mundo (Laurbilza 1930: 99).

Los organizadores del glorioso certamen barcelonés han querido enseñar al mundo entero que, además de esa fuerza material que mueve máquinas y transforma la

<sup>11</sup> Las exhibiciones misionales más relevantes vistas en tales certámenes —en modo alguno comparables a la exposición misional de Barcelona— son las que se presentan en la *Exposition Internationale Coloniale Maritime et d'Art Flamand* de Amberes de 1930 y en la *Exposition Coloniale Internationale et des Pays d'Outre Mer* de París de 1931.

<sup>12</sup> No obstante, es cierto que en las *secciones coloniales* de algunas exposiciones internacionales sí se reserva un pequeño espacio para presentar la labor misional, aunque en muchos casos la exhibición es organizada por la administración del Estado, no queda en manos de la Iglesia católica. Así ocurre en el certamen de Bruselas-Tervuren, de 1897 (Vints 2005).

materia, existe otra fuerza espiritual que transforma las almas y modifica el carácter y las costumbres de los pueblos. Esa fuerza superior tiene también allí su Pabellón [el Misional] (Zurbitu 1929: 166).

El hecho de que la exposición misional se celebre no de forma paralela al certamen internacional, sino *dentro* del mismo espacio expositivo y como parte intrínseca del evento, es un factor tremendamente favorable para el comité organizador eclesiástico y para el éxito final de la muestra. En efecto, el ya por entonces pujante fenómeno del turismo hace que decenas, incluso centenares de miles de visitantes de la exposición internacional se acerquen al Pabellón Misional, lugar al que quizás no hubieran acudido si el acontecimiento religioso se hubiera celebrado de forma independiente y autónoma. Algo similar se había planteado ya el Vaticano al hacer coincidir la organización de su famosa exposición misional de 1925 con la celebración del Año Santo, que indudablemente habría de atraer a Roma a miles de fieles y viajeros. Por otra parte, la más que notable singularidad de las colecciones exhibidas en ambos certámenes, con su llamativa mezcolanza de «espantosos fetiches», de indumentarias exóticas, riquísimos y extraños objetos suntuarios, armas primitivas y grupos escultóricos de «salvajes», junto a imágenes y reliquias de santos y mártires, se convierte en un muy moderno reclamo turístico *per se*.

Pero advertir del carácter espectacular, eminentemente popular y hasta turístico-folklórico de algunos de los principales actos puestos en marcha al socaire de la exposición misional, no es obstáculo para reconocer la enorme variedad y riqueza de los materiales expuestos y el muy alto nivel alcanzado, tanto por la organización del certamen como por buena parte de las congregaciones religiosas participantes<sup>13</sup>. Un ejemplo muy notable de la seriedad y del rigor con que se afronta el proyecto expositivo —al margen de las colecciones y de valoraciones ideológicas sobre el certamen— lo tenemos en la publicación de la *Revista de la Exposición Misional Española*, órgano oficial redactado y editado por el comité ejecutivo de la muestra. Aparecieron dieciocho números, entre octubre de 1928 y octubre de 1930, que forman un magnífico volumen de ochocientas setenta y dos páginas en gran formato, con numerosas ilustraciones<sup>14</sup> y muy variados artícu-

---

<sup>13</sup> Cuestión diferente es la relacionada con la utilidad realmente científica de las colecciones etnológicas, que abordamos al final del texto.

<sup>14</sup> Se reproducen decenas, seguramente varios centenares, de fotografías de tipos humanos de los pueblos misionados. Además, aparecen imágenes de todos y cada uno de los religiosos españoles —varones—, de todas las órdenes, que durante aquellos años están dedicados a tareas misionales. También aparecen fotografías de las religiosas misioneras, pero casi todas en imágenes de grupo. El director de la revista es el citado jesuita P. Elizondo, vocal del comité ejecutivo del certamen.



los sobre la historia y la situación contemporánea de las misiones y los institutos misioneros españoles, en los que además se ofrece cumplida información gráfica y escrita sobre la propia exposición<sup>15</sup>.

### 3.2. *El Palacio de las Misiones. Secciones y colecciones*

El Palacio de las Misiones, derribado tras la clausura de la exposición, tiene unas muy generosas dimensiones: ciento veinticuatro metros de largo por cincuenta de ancho, con las salas distribuidas en dos pisos. El diseño es obra del arquitecto municipal barcelonés Antoni Darder, ascendiendo el coste total de su construcción y acondicionamiento a un millón doscientas noventa mil pesetas, que son costeadas por las administraciones públicas (Grandas 1988: 172). Se inaugura el 29 de junio de 1929, aunque la exposición internacional había abierto oficialmente sus puertas el 19 de mayo de ese mismo año.

Nada más traspasar el pórtico de entrada del edificio se accede a un gran vestíbulo central, bajo cuya cúpula se sitúa una imagen en yeso de «Jesucristo Rey de las Naciones». Rodean a la figura de Cristo otras cuatro esculturas, igualmente de yeso y a gran tamaño, de otros tantos destacados misioneros españoles que —según se afirma en el catálogo oficial— desarrollaron su labor evangélica en cada uno de los cuatro continentes: el jesuita San Francisco Javier (Asia), el dominico San Luis de Beltrán (América), el beato franciscano Ramon Llull (África) y el agustino Andrés de Urdaneta (Oceanía)<sup>16</sup>. A cada lado del vestíbulo —que también da cabida a algunos *stands*— se encuentran dos grandes salas, de cuarenta y dos por veintidós metros, respectivamente. La de la derecha acoge las colecciones de Asia y Oceanía; la de la izquierda, las «misiones actuales entre infieles en América» y las de África. Esta última exhibe «los *stands* de Guinea Española y de Marruecos, las dos Misiones que más plenamente pueden llamarse españolas [...]» (Elizondo 1930: 358). Recorre la parte superior de estas salas «una galería simpática de misioneros españoles de todos los Institutos religiosos, que más se han señalado en la evangelización de los distintos pueblos», acompañada de grandes cuadros estadísticos de las misiones (*id.*,

<sup>15</sup> En la propia revista oficial se anuncia también la puesta a la venta de fotografías y postales de la exposición. Avanzado el evento se edita un interesante catálogo, con trescientas páginas, que enumera las piezas más destacadas del certamen y reproduce algunas imágenes de los diferentes *stands*. Se trata de una obra difícil de localizar, aunque se encuentra un ejemplar en la Biblioteca de la Abadía de Montserrat (Catálogo [1929]).

<sup>16</sup> Desde una perspectiva geográfico-académica, el P. Urdaneta desarrolló su labor misional en Asia, pues las Filipinas se consideran parte del continente asiático, no de Oceanía.

*ibid.*). El piso superior se organiza en cuatro espacios: una sala dedicada a la obra de las órdenes religiosas «en las actuales Repúblicas católicas de América», otra más especial para Filipinas, la «Sala de los Mártires y Héroes del Apostolado Católico» y, finalmente, la biblioteca. Además de todos estos espacios de carácter histórico-museográfico, en la planta baja se sitúan el salón de actos —con capacidad para setecientas personas— y la denominada Sala de Santa Teresita<sup>17</sup>. Esta última acoge hasta seis exposiciones sucesivas de objetos donados por católicos de todas las diócesis españolas con destino a las misiones, valorados en su conjunto en unos dos millones y medio de pesetas. Participan en el certamen unas cuarenta órdenes o congregaciones religiosas<sup>18</sup>, de las que trece son institutos religiosos femeninos que exponen sus colecciones en una sección común.

La Exposición Misional Española no se organiza exactamente igual a la del Vaticano de unos años atrás<sup>19</sup>. Al margen de que se limita a mostrar la actividad misional vinculada de una u otra forma con un ámbito de referencia español, en Barcelona no se opta por la presentación de una sala dedicada exclusivamente a la etnología<sup>20</sup>. Es evidente, no obstante, que la inmensa mayoría de los objetos que se exhibe entra en la categoría de material etnográfico, no en vano son siempre éstos los materiales que en tales exhibiciones atraen la atención —o al menos la curiosidad— del público con mayor intensidad. De hecho, si se hojea el catálogo oficial de la muestra se comprueba que estamos ante una exposición eminentemente

---

<sup>17</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, carmelita descalza, es también conocida como Santa Teresa de Lisieux. Nació en Alençon, Francia, el 2 de enero de 1873 y fue bautizada con el nombre de Thérèse Martin; falleció el 20 de septiembre de 1897. Fue canonizada por Pío XI el 17 de mayo de 1925 y proclamada Patrona Universal de las Misiones, junto con San Francisco Javier, el 14 de diciembre de 1927.

<sup>18</sup> Una relación pormenorizada, aunque aún no definitiva, de órdenes e institutos participantes se recoge en Bisbal (1928). Tampoco parece ser completa la relación que se incluye en el catálogo del certamen.

<sup>19</sup> Además de lo que se anota en el texto, las diferencias entre las exposiciones de Barcelona y del Vaticano se extienden a otros ámbitos, que estamos valorando en un trabajo específico sobre la muestra vaticana. Señalemos, no obstante, que en Roma, en el año 1925, parece existir un contexto pretendidamente más científico-etnológico y menos volcado hacia los espectáculos de masas que en Barcelona en 1929.

<sup>20</sup> La Sala de Etnología de la exposición vaticana mostraba diversas colecciones etnográficas organizadas de acuerdo con el conocido esquema de los ciclos culturales del P. Schmidt, con ciclos primarios, secundarios, mixtos, de pueblos cazadores, ganaderos, agricultores, cazadores-totemistas, matriarcales, patriarcales, etc., etc. También acogió una exhibición de objetos que ilustraban los supuestos paralelismos existentes entre periodos prehistóricos y ciclos culturales etnológicos y una colección más de prehistoria africana.

etnográfica, complementada aquí y allá con objetos y documentos de carácter religioso-misional. Además, como luego comprobaremos, la etnología está presente de forma explícita —si bien con notables carencias— en otras actividades paralelas a la propia muestra museográfica. Y para adecuar de forma más ajustada la orientación etnológica del certamen, el comité ejecutivo de la exposición misional dispone la creación, al igual que ocurrió en la muestra vaticana, de una subcomisión de «etnología y lingüística» que, a fecha del mes de abril de 1928, estaba formada<sup>21</sup> por el recoleto P. Pedro Fabo<sup>22</sup>, los franciscanos PP. Luis Fullana y Manuel Navarro<sup>23</sup>, el agustino P. Pedro Martínez Vélez, el dominico P. Jaime Masip y los jesuitas PP. José Valls y Constantino Bayle<sup>24</sup>.

En lo que sí coincide plenamente el evento misional barcelonés con el romano es en la tradicional insistencia del mundo católico en rendir culto a los mártires y en llamar la atención intensa y machaconamente sobre la abnegación y el sacrificio de los misioneros, anulando casi por completo la identidad —tanto individual como colectiva— de los misionados<sup>25</sup>. No hay otro lugar mejor para comprobarlo que la Sala de los Mártires, que el jesuita P. Víctor Elizondo (1930: 360) nos presenta con las siguientes palabras:

Aquí los visitantes instintivamente se recogen. Aquellos recuerdos de los que llevaron a su más alto grado el heroísmo del Apostolado, aquellos cuadros de Mártires de todos lo hábitos, que con toda clase de martirios regaron con su sangre las arideces del mundo infiel en todas las latitudes, son de una eficacia tan irresistible que aún los más fríos e indiferentes se muestran conmovidos. En la Sala de los Mártires es donde se corona y confirma el fruto saludable que produce la visita al Palacio de las Misiones. Las impresiones variadísimas y santas que, como preciosa semilla, va depositando en el alma: aquí el reflejo de los usos y costumbres de los salvajes y la manifestación gráfica de las ridículas supersticiones paganas, allí la abnegación de la vida del Misionero instruyendo y bautizando a los catecúmenos y enseñando a amar a Dios y al prójimo a los neófitos, o el sacrificio de la Religiosa recogiendo a las criaturas abandonadas o curando las llagas de los leprosos [...].

<sup>21</sup> Es, junto con la de «Historia», la única de carácter «científico» de las seis subcomisiones creadas. Las otras cuatro son, respectivamente, de «Propaganda y Prensa», «Estadística», «Bibliografía» y «Expediciones». Véase Villalba (1928).

<sup>22</sup> Fue misionero en la región oriental de Colombia, sobre cuyos habitantes redacta varios textos de carácter etnográfico.

<sup>23</sup> Misionero en Perú y autor, entre otras obras, de un diccionario castellano-quechua-pano y de sendas gramáticas quechua y pano.

<sup>24</sup> Autor de un buen número de obras sobre historia de las misiones católicas.

<sup>25</sup> En este sentido, el contraste con las exposiciones misionales de la Iglesia anglicana es muy notable, pues en éstas no se insiste tanto en la figura del misionero como en la del misionado (Combes 1994: 161-186).

Junto con la visión hagiográfica y martiriológica de la historia y del presente de las misiones —de una eficacia tan irresistible—, el texto transcrito demuestra una vez más que lo que podríamos denominar «sensibilidad etnológica» no es algo que calara realmente mucho en ciertos religiosos. Los nativos continúan siendo definidos como «salvajes», y como «ridículas supersticiones» se interpretan sus creencias religiosas<sup>26</sup>. Si a la información que acabamos de anotar se suman las indicaciones que en los apartados siguientes se hacen sobre la pobre presencia de la práctica y la teoría etnológicas en las dos reuniones de estudios misionales organizadas durante la exposición, la conclusión final que habríamos de extraer sobre la implicación de la etnología en el conjunto de la exposición misional debería ser tremendamente negativa. Pero, si así lo hiciéramos, estaríamos actuando de forma precipitada y, finalmente, errónea, ya que el hecho de que la *investigación* etnológica no sea un objetivo esencial ni prioritario de las misiones no es en modo alguno obstáculo para que las órdenes religiosas valoren y rentabilicen de forma notablemente exitosa lo que podríamos definir como el singular y llamativo «factor etnográfico». Esta circunstancia se constata con total nitidez al recorrer los diferentes *stands* de la exposición, ya que tanto los materiales que se exhiben como el propio modelo de exhibición son fácilmente accesibles gracias a la abundante información y a las numerosas fotografías que se publican en el catálogo y en la revista oficial del certamen.

Ya hemos adelantado que la muestra no se organiza estrictamente por órdenes religiosas, sino por grandes áreas geográficas y tipos de misión. Dos salas se dedican a las misiones «entre infieles»: Asia y Oceanía, de un lado; África y las misiones americanas entre infieles, de otro. Las misiones ya consolidadas de las «repúblicas católicas» de América se distribuyen en una sala diferente, dedicándose otra a la aún más católica Filipinas<sup>27</sup>. Si bien no conocemos la superficie ocupada por cada instituto religioso en las salas que les corresponden, las fotografías disponibles parecen indicar que el espacio se relaciona directamente con la mayor actividad y extensión territorial misional de cada orden, aunque éstos no son los únicos factores de-

---

<sup>26</sup> A pesar de todo, ese tipo de expresiones despectivas que utiliza el P. Elizondo no las encontramos en el catálogo oficial del certamen, en cuya redacción sin duda debió de participar el jesuita como vocal del comité ejecutivo. En dicha obra, los materiales etnográficos se presentan casi siempre de forma aséptica y en algunas ocasiones con acertadas anotaciones complementarias. Además, las imágenes religiosas y los objetos de arte chinos reciben casi siempre calificativos muy elogiosos. A lo más que se llega en el catálogo es a lamentarse de las deplorables condiciones materiales de vida de algunos pueblos nativos.

<sup>27</sup> Las misiones entre infieles en Filipinas se presentan en la sala de Asia y Oceanía. Además de las salas citadas, ya mencionamos la presencia de otras secciones comunes e institucionales, entre las que destaca la Sala de los Mártires.

terminantes: la cualidad y el volumen de los materiales expuestos son igualmente relevantes. En todo caso, debemos anotar que las órdenes masculinas disponen de mucho más espacio y presentan mayor cantidad de objetos que las femeninas, órdenes éstas dedicadas casi exclusivamente a labores asistenciales. Y, si entramos en valoraciones cuantitativas, comprobamos que los *stands* más extensos parecen ser —por este orden— los de jesuitas, agustinos recoletos, agustinos, claretianos, capuchinos, paúles, salesianos, sagrados corazones y franciscanos<sup>28</sup>. Entre los institutos femeninos destacan las colecciones presentadas por las franciscanas misioneras de María.

Algunas órdenes, y no sólo ni siempre las de menor importancia y expansión, presentan *stands* misceláneos que podríamos definir como informativos, en los que se exhibe un poco de todo: fotografías, mapas, libros, estadísticas, pinturas, objetos religiosos, material etnográfico y naturalista, etc. Quizás fueran éstas las secciones menos vistosas e impactantes de la exposición, aunque es difícil asegurar que pasaran desapercibidas para los visitantes, dado el éxito general de la muestra. El polo opuesto en cuanto a fastuosidad y boato lo encontramos en los *stands* de las misiones en países asiáticos. En este contexto destacan poderosamente —y muy por encima de cualquier otro— los pabellones de las misiones jesuitas en India (Bombay) y, sobre todo, en China (Anking —Anqing— y Wuhu)<sup>29</sup>, que acogen, además de modelos escultóricos que luego comentaremos, ricas colecciones artísticas: muebles, pinturas, indumentaria, imágenes religiosas, objetos suntuarios, etc. (fig. 1). Son precisamente las misiones jesuitas en China las que de forma más detallada y elogiosa se describen en el catálogo. Esto pudiera deberse quizás a que uno de los dos vocales del comité es, como ya vimos, el jesuita P. Elizondo, pero no cabe duda de que son la riqueza de las colecciones y la propia información suministrada por los jesuitas los factores que hacen posible que en el catálogo se ofrezca una documentación tan elaborada. Algo menos impactantes, pero también relevantes, son los *stands* que exhiben las misiones chinas y japonesas de los dominicos y las también chinas de los agustinos. Cuando resulta imposible desplegar esa orientación histórico-artística, debido al contexto geográfico-cultural de la misión, las órdenes optan por destacar los ámbitos etnográfico y naturalista de sus territorios. En este caso, los *stands* más elaborados y completos pertenecen a claretianos, benedictinos, capuchinos, agustinos recoletos, jesuitas, paúles, franciscanos y dominicos.

<sup>28</sup> Los claretianos son los únicos religiosos presentes en la exposición misional que participan de forma simultánea en otro evento similar: la sección de Guinea Española en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (Sánchez Gómez e.p.).

<sup>29</sup> Ambas continúan siendo administradas en la actualidad por los jesuitas. La primera tiene categoría de archidiócesis y de diócesis la segunda.



FIGURA 1: Escena doméstica de una familia china. *Stand* de las misiones jesuitas en China. *Revista de la Exposición Misional Española (REME)*, XI (agosto de 1929), p. 524.

Además de objetos y de animales disecados, en muchos de los *stands* de carácter histórico-artístico y etnográfico-naturalista se exhiben las piezas que, sin duda, debieron de encontrarse entre las más celebradas y curioseadas por los visitantes. Nos referimos a las esculturas y grupos escultóricos de individuos, tanto de nativos como de misioneros. La exhibición de imágenes realistas, casi siempre a tamaño natural, de tipos humanos singulares o exóticos no era algo ciertamente nuevo en 1929, ni en las exposiciones etnográficas ni en las misionales; de hecho, este recurso fue uno de los atractivos más destacados de la exposición vaticana de 1925. Parece que la presentación de maniqués de gentes —inicialmente europeas— ataviadas con indumentarias tradicionales se había visto por vez primera en la exposición universal de París de 1867, perfeccionándose este recurso en certámenes posteriores, sobre todo en los también parisinos de 1878, 1889 y 1900<sup>30</sup>. Los progresos de la etnología y la creciente «popularidad» de las

<sup>30</sup> Stoklund (1994) ha estudiado la importancia histórica de estos grupos escultóricos y «habitaciones» etnográficas presentadas en las primeras exposiciones universales, así como su decidida influencia en la creación de los nuevos modelos de museos desarrollados inicialmente en los países nórdicos desde finales de la década de 1870.

exposiciones coloniales<sup>31</sup> y de los museos etnográficos habían hecho posible que pronto se recondujera dicho recurso hacia la exhibición de dioramas y esculturas de individuos pertenecientes a pueblos «salvajes», convirtiéndose en uno de los elementos imprescindibles de cualquier institución museográfica de orientación antropológica<sup>32</sup>.

De todas formas, en la exposición misional de Barcelona —al igual que en la del Vaticano— nos encontramos, como ya hemos adelantado, con dos tipos de esculturas<sup>33</sup>: las de misioneros y las de nativos; los museos antropológicos sólo cuentan, que sepamos, con las segundas. Los misioneros son representados en tres tipos<sup>34</sup> de escenas: solos (sagrados corazones); en compañía de nativos, a quienes reconfortan espiritualmente mediante la catequesis o la oración (claretianos y paúles) y, por último, auxiliando a nativos físicamente desvalidos (salesianos, salesianas, franciscanas misioneras de María y religiosas de María Inmaculada). Estos últimos grupos escultóricos pertenecen mayoritariamente a órdenes religiosas femeninas, pues ya hemos anotado que su labor es esencialmente asistencial. En todo caso, en ninguno de estos modelos —de los dos últimos, en realidad— es relevante la cuestión etnográfica, por lo que los nativos se representan aquí de una forma que podríamos calificar como genérica o indiferenciada, sin apenas detalles etno-morfológicos singularizados —salvo el color de la piel— y sin ningún rasgo propio de su cultura material, ni siquiera de su indumentaria (o de su desnudez). El objetivo es atraer la atención de los visitantes, apelando de forma directa a sus sentimientos más profundos, especialmente a la compasión por las gentes que consideran las más desvalidas, dependientes de forma absoluta de la atención de los misioneros. De este modo, lo importante es la acción que desempeñan religiosos y religiosas y, por supuesto, cuanto más dramáticamente sea representada, tanto mejor. En este sentido, son realmente impresionantes los tres grupos

---

<sup>31</sup> Como la Exposición de Filipinas celebrada en Madrid, en 1887, en la que se presentaron diversos tipos escultóricos de nativos.

<sup>32</sup> Una excelente fotografía del salón central del Museo Antropológico de Madrid, tomada precisamente durante la década de 1920, nos permite contemplar algo más de una veintena de estas esculturas (véase Romero de Tejada 1992: 8).

<sup>33</sup> No incluimos, por tanto, los bustos, pinturas o relieves que representan a santos y mártires.

<sup>34</sup> Se podría añadir un cuarto tipo: el de algún santo o mártir protegiendo de forma alegórica a varios nativos que representan a los «desvalidos» habitantes de África, América y Asia. En este caso, el grupo escultórico entra ya en la categoría de imagen de culto. Es lo que sucede con una imagen de San Juan de Dios como «protector universal de los enfermos», exhibida por los Hospitalarios de su orden, obra de J. M. Pousoda (Catálogo: 146).

escultóricos de salesianas (fig. 2) y franciscanas, que muestran a sendas religiosas atendiendo a enfermos de lepra y a una tercera religiosa franciscana «curando a un indígena [...] la mordedura de una serpiente» (Catálogo [1929]: 258).



FIGURA 2: Religiosa salesiana atendiendo a un leproso. *Stand* de las Hijas de María Auxiliadora. *REME*, XI (agosto de 1929), p. 526.

Bastante diferentes y mucho más variadas y numerosas son las representaciones estrictamente etnográficas de nativos. Ya hemos anotado que la exhibición de estas imágenes se inserta en el avanzado contexto de popularización de la etnografía, la etnología y la antropología que se vive durante la década de 1920. Los visitantes y turistas están ávidos de imágenes exóticas y, dado que en las exposiciones misionales no se exhibe a nativos de carne y hueso, las esculturas de tipos humanos se convierten en el complemento ideal de las colecciones de objetos. De todas formas, no todas las órdenes religiosas que exhiben esculturas disponen de *stands* con colecciones etnográficas importantes, lo que es buena prueba del carácter espectacular y eminentemente propagandístico de esas imágenes. Las congregaciones que sí muestran esa doble y complementaria exposición etnográfica, y lo hacen de forma muy destacada, son agustinos, agustinos



recoletos, capuchinos, carmelitas descalzos, claretianos, jesuitas, paúles, salesianos y, en menor medida, franciscanos.

Al igual que ocurre con las imágenes escultóricas de misioneros, las de nativos pueden ordenarse en categorías, aunque en este caso únicamente en dos: tipos aislados y escenas o grupos. Aunque ya hemos anotado que la verdadera investigación etnológica no es un objetivo destacado de las órdenes, la representación de tipos humanos nativos se hace de forma bastante ajustada, si bien no en todos los casos con la misma calidad en lo que se refiere a la reproducción de las facciones del rostro. En este sentido, se muestran especialmente logradas algunas esculturas de tipos patagones (fig. 3) y congoleños presentadas por los salesianos, y las de tipos indios —niños y adultos de distintas castas, brahmanes, «hechiceros», etc.— mostradas por los jesuitas. Refiriéndose precisamente a uno de estos últimos maniqués, en el catálogo se indica que «como todos los demás que se exhiben en los *stands* de esta Misión están hechos sobre la base de un estudio minucioso de los rasgos étnicos correspondientes; y su indumentaria es auténtica». También exhiben los dominicos algunos maniqués interesantes de tipos japoneses, de marroquíes los franciscanos y de nativos colombianos los capuchinos. En cuanto a los grupos escultóricos, se pueden contemplar en Barcelona algunos de muy notable calidad y otros que, aún siendo de factura mediocre, debieron de resultar ciertamente atractivos para el público. Los grupos más suntuosos e impactantes son los que exhiben los jesuitas con escenas domésticas y de culto budista, que representan en todos los casos a mujeres y varones chinos de elevado estatus social. También se debe a los jesuitas la exhibición de un notable diorama que supuestamente representa a la primera familia convertida por el P. Espriella en una de las islas Carolinas, en febrero de 1929 (fig. 4). La escena muestra a cuatro nativos semidesnudos, sentados o acucillados, rodeados de palmeras y ante una estructura habitable construida con maderas y cañas; los tipos físicos se reproducen con bastante rigor. Es así mismo muy relevante el grupo escultórico de los carmelitas descalzos que representa a un hombre y a una mujer —que sostiene a un niño en sus brazos— a la puerta de una cabaña construida con materias vegetales, nativos ambos de una de sus misiones en Java. Paúles, salesianos y claretianos exhiben grupos menos elaborados. Por último, aunque tanto la caracterización de los tipos humanos como la reconstrucción del entorno resultan un tanto naíf, es ciertamente vistoso el gran diorama (fig. 5) que exhiben los oblatos de María Inmaculada sobre una comunidad inuit evangelizada, en el que se presenta a cuatro nativos, un trineo ocupado por un misionero, varios perros, tres iglús y una capilla católica construida con maderos y tablas, «que debe a duras penas transportar el misionero para dicho efecto aprovechan-

do la corta estación de verano» (Catálogo [1929]: 205)<sup>35</sup>. Una dimensión diferente en la representación de grupos escultóricos nativos es la que ofre-



FIGURA 3: Esculturas de tipos nativos presentadas por los religiosos salesianos. *REME*, XVI (enero de 1930), p. 750.

<sup>35</sup> Según se indica en el catálogo, se trata del Vicariato de Mackenzie, en Alaska, que dispone de cincuenta y seis misioneros oblatos.



FIGURA 4: Diorama de una familia nativa de las islas Carolinas, presentado por los jesuitas. *REME*, XIV (noviembre de 1929), p. 672.

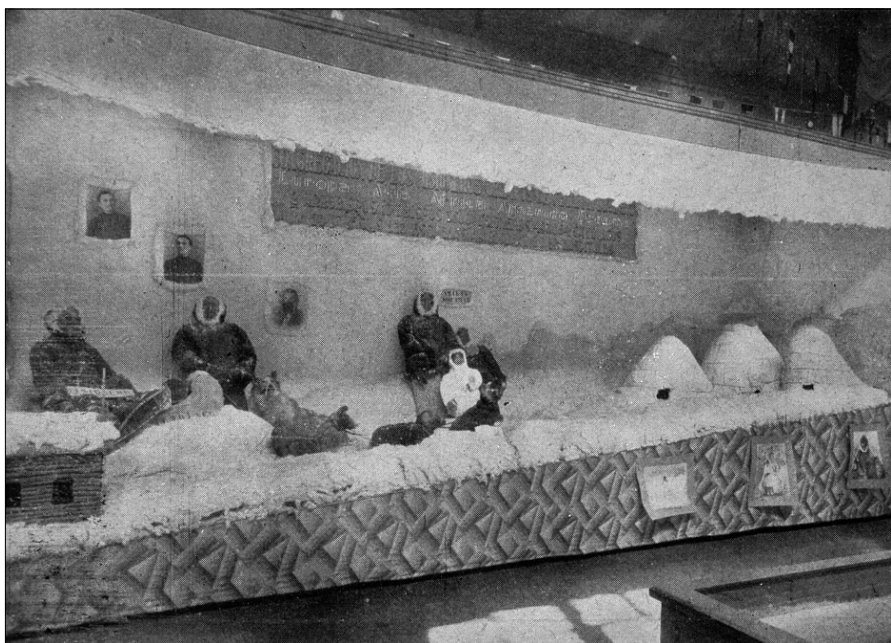


FIGURA 5: Diorama de una comunidad inuit, presentado por los oblatos de María Inmaculada. *REME*, XVIII (marzo de 1930), p. 841.

ce una composición salesiana que «refleja la placidez de un hogar chino convertido a la religión católica» (*ibid.*: 285), de la que lamentablemente no hemos localizado ninguna fotografía.

### 3.3. *La Cabalgata de las Naciones*

La calidad y el enorme éxito alcanzado por las colecciones que se exhiben en el pabellón misional no impiden que los organizadores del certamen diseñen otras muchas actividades complementarias, algunas de ellas marcadamente espectaculares y tanto o más celebradas que la propia exposición.

Uno de los actos más llamativos y multitudinarios de los múltiples y variados que se llevan a cabo es la «Cabalgata de las Naciones» —que también se cita en las fuentes como «Cortejo de las Razas»—, con la que se festeja el 29 de junio de 1929 la inauguración del propio Palacio de las Misiones<sup>36</sup>. Nada tiene que ver, sin embargo, este espectáculo con otro de denominación similar, el «Cortejo Histórico Misional», de carácter estrictamente oficial y vinculado, como más adelante comprobaremos, al Congreso Misional. Al parecer, parte de la prensa e incluso algunas revistas religiosas que informan sobre la exposición confunden ambos acontecimientos, lo que da lugar a críticas por una supuesta falta de seriedad de la organización debido a la singularidad de la cabalgata que, como veremos, está formada por alumnos de colegios religiosos caracterizados de individuos de etnias exóticas.

La Cabalgata de las Naciones recorre varias calles de la ciudad de Barcelona y es bendecida nada menos que por diecinueve obispos, vicarios y prefectos apostólicos desde el balcón de la Diputación Provincial. Antes de concluir su periplo en el Palacio de las Misiones, el cortejo es recibido en el Palacio Nacional de Montjuïc por decenas —casi puede hablarse de centenares— de personalidades y autoridades civiles, políticas, religiosas y militares. Las secciones que abren y cierran el festivo y llamativo desfile son las únicas de carácter oficial. Al frente, la Guardia Urbana de Barcelona, una banda de música y cuatro alumnos de los jesuitas a caballo. En la re-

---

<sup>36</sup> El acto inaugural estuvo presidido por el infante Fernando de Baviera (1884-1958), viudo de la infanta María Teresa de Borbón, hermana de Alfonso XIII. Todos los actos organizados para festejar la inauguración del Pabellón Misional, incluida la cabalgata, son diseñados por el jesuita P. Elizondo. En esa jornada inaugural acceden al recinto general de la exposición barcelonesa —atraídos, se supone, por el acto religioso y por la apertura del pabellón misional— ciento cincuenta mil personas (Ariztimuño 1929). Hace algunos años, Luis Calvo (1993) escribió un breve artículo, el único que conocemos, sobre la exposición misional y sobre esta cabalgata.

taguardia, los maceros del consistorio abren paso a una carroza —tirada por caballos y con planta en forma de cruz— sobre la que se levanta «un templete con carácter de monumento triunfal, y sentados sobre sus gradas se ven unos cuantos ángeles portadores de las reliquias y recuerdos de los santos Misioneros que han de ser expuestos en sitio preferente en el nuevo Pabellón [Misional]» (Zurbitu 1929: 169) (fig. 6). Las reliquias son las siguientes (Torralba 1929a: 473)<sup>37</sup>:

El Crucifijo, llamado del Cangrejo<sup>38</sup>, de San Francisco Javier, perteneciente al tesoro de la Capilla del Palacio de Madrid; el bastón del mismo Santo, perteneciente al Excmo. Señor Duque de Villahermosa, y que por primera vez salía del palacio de aquella noble Casa; una sandalia del gran Apóstol del Oriente, su birete, un libro de lectura espiritual, una carta autógrafa del mismo, dirigida al Rey de Portugal, un pedazo del lienzo que sirvió de mortaja al gran misionero jesuita; el libro de rezo de San Luis de Beltrán, gloria insigne de la Orden Dominicana; el cáliz con que celebraba el Santo Sacrificio el Beato Acevedo<sup>39</sup>; una túnica de seda del P. Arjo, martirizado en China, y la sotana del P. Sanvítores, S. J., protomártir de Oceanía.

Los «ángeles» que se han mencionado son «niñas de la aristocracia barcelonesa, vestidas de tisú de oro y plata figurando ángeles» (*id.*, *ibid.*), con sus correspondientes alas.

Entre los dos cortejos oficiales que encabezan y cierran la cabalgata «desfilan las naciones para tributar un homenaje a los que tantas fatigas sufrieron para sembrar en ellas la semilla de la fe» (Zurbitu 1929: 170). Pero no, es obvio que la Unión Misional del Clero de España, la institución organizadora del certamen, no lleva tan lejos su entusiasmo como para hacer llegar a Barcelona una representación de todos y cada uno de los pueblos y naciones convertidos al catolicismo o receptores de la obra misional. No se recurre a la conocida exhibición etnológica de nativos, pero sí a una exhibición *viva*, aunque muy singular: son «niños y niñas de diferentes colegios, vestidos con trajes exóticos, [quienes] debían representar en aquella solemnidad misionera [a] las naciones lejanas ganadas para la Iglesia de Cristo por los obreros del Evangelio» (*id.*: 167). Aunque el P. Zurbitu afirma que participan solamente dieciocho carrozas, es evidente que se equivoca, ya que ese número es el que desfila en el Cortejo Histórico Misional que comentamos en el apartado siguiente. En la Cabalgata de las Naciones

<sup>37</sup> Estas reliquias se exhiben durante el certamen, junto a otras muchas, en la Sala de los Mártires. El artículo incluye numerosas fotografías de la cabalgata.

<sup>38</sup> Según la leyenda, un cangrejo habría rescatado el crucifijo que portaba S. Francisco Javier cuando cayó al mar tras el martirio del jesuita.

<sup>39</sup> Ignacio de Azevedo, jesuita portugués martirizado en 1570.



FIGURA 6: «Carroza de las Reliquias», participante en la Cabalgata de las Naciones. *REME*, X (julio de 1929), p. 475.

participan ciento veinte vehículos automóviles, todo ellos coches y autobuses descapotados (fig. 7), además de la carroza de las reliquias ya citada; por supuesto, la separación de sexos es imprescindible, por lo que en ningún vehículo se mezclan niños y niñas.



FIGURA 7: Uno de los autocares descapotados presentado por los jesuitas en la Cabalgata de las Naciones. *REME*, X (julio de 1929), p. 474.

El espectáculo debió de resultar tan candoroso como aparentemente ingenuo. Unas pocas frases extraídas de la no menos cándida descripción que nos hace el P. Zurbitu (1929: 167-169) son suficientemente ilustrativas:

La fiesta tenía un prólogo cuyo solo anuncio se había conquistado todas las simpatías. Niños y niñas de diferentes colegios, vestidos con trajes exóticos, debían representar en aquella solemnidad misionera las naciones lejanas ganadas para la Iglesia de Cristo por los obreros del Evangelio [...]. Negros de todos los matices, indios de todos los colores, bárbaros y salvajes de todas las razas, chinos y japoneses, uraones<sup>40</sup> y pieles-rojas; en todos los carruajes sonríen los rostros tiznados [de los niños] y ondean los penachos de plumas. A veces los supuestos convertidos van acompañados por su misionero, un precoz misionero de catorce años: blanca sotana, *salacot* de paja, barbas postizas y no menos postiza seriedad [...]. Hay un momento en que los espectadores rompen en un aplauso cerrado; es que pasa un enorme autocar donde una cuarentena de negritos tiznados de cara y brazos y con la clásica tela rayada arrollada a la cintura, vienen haciendo las más simpáticas diabluras. [...] La vistosidad del espectáculo aumenta todavía más cuando comienzan a desfilar los coches ocupados por las niñas. Abundan las princesas indias vestidas con tanta propiedad como lujo. Los velos prendidos a la frente con cintillos de perlas, los chales rameados [...] y sobre todo la gracia ingenua de aquellas figurillas diminutas hacen que la escena parezca una página arrancada de las Mil y una Noches.

También desfilan «sucedáneos» de rajás indios con turbantes, árabes, chinos y chinas de variados estamentos sociales, malayas, japonesas con kimono y hasta dos «príncipes de la Persia» montando sobre dromedarios de carne y hueso. Si los ángeles de la carroza oficial son representados por niñas de la aristocracia, el despliegue de pueblos convertidos y por convertir corre a cargo de alumnos y alumnas de «los mejores colegios de Barcelona» que son, obviamente, colegios religiosos: los más destacados son los de jesuitas, salesianos, maristas y misioneros del Inmaculado Corazón de María entre los masculinos; de las religiosas de Jesús y María, carmelitas, mercedarias, religiosas de Loreto, del Niño Jesús, de María Auxiliadora y del Sagrado Corazón, los femeninos.

El hecho de que las autoridades religiosas recurran a niñas y niños disfrazados para representar tanto a pueblos «salvajes» aún no cristianizados como a los creyentes de otras grandes religiones no cristianas —ambos, en todo caso, necesitadas de la actividad misionera—, es un ejemplo de astucia y de diseño propagandístico eficaz, no exento, pese a todo, de lo que hoy podríamos considerar como una casi increíble ingenuidad y una notable cursilería. Obviamente, los más de cien mil espectadores que con-

<sup>40</sup> Los uraones son un grupo étnico que habita en la mitad occidental de Chota Nagpur, en la India central.

templaron tan singular espectáculo a comienzos del verano de 1929 no debieron de interpretar la cabalgata precisamente en estos términos<sup>41</sup>. Para la sociedad barcelonesa del momento, para una gran mayoría de los ciudadanos, debió de tratarse de un inmenso y fervoroso acto público de fe, cuyos protagonistas eran además los hombres y mujeres del mañana, de un mañana tan moderno e industrial como católico, apostólico y romano.

### 3.4. *Congreso Nacional de Misiones y Cortejo Histórico Misional*

El I Congreso Nacional de Misiones tiene lugar entre los días 22 y 29 de septiembre de 1929. Aunque es uno de los actos más destacados que se celebran durante el desarrollo de la muestra misional, la práctica totalidad de los cronistas religiosos contemporáneos anota que no tuvo ni podía tener el carácter científico-académico de las reuniones que sobre el mismo tema se venían celebrando desde tiempo atrás en otros países europeos, sobre todo en Alemania. Era sólo el primer paso de un desarrollo que se suponía habría de ser largo y en modo alguno sencillo. De todas formas, su carácter fue multitudinario: hubo nada menos que siete mil inscripciones y la sesión formal de clausura llenó por completo las localidades del enorme salón de actos del Palacio Nacional de Montjuïc<sup>42</sup>.

Sus contenidos se articulan en tres secciones delimitadas de forma más o menos clara: una, la más concurrida, de carácter «práctico» sobre las actividades misioneras y las iniciativas de asociaciones misionales; otra, sobre la historia de las misiones españolas en el mundo, y una tercera de carácter «científico», más reducida que la anterior, en la que de orientación estrictamente etnológica únicamente se anuncia la ponencia del sacerdote y etnólogo vasco José M. de Barandiarán sobre «La etnología y las misiones. Museos etnológicos misionales. Formación etnológica del misionero y del misionólogo». Esta reducida presencia oficial de la etnología en el congreso es un síntoma de lo muy limitada que está la investigación científico-etnológica en las misiones españolas<sup>43</sup>, circunstancia que, como seguidamente

---

<sup>41</sup> La cifra de espectadores la ofrece el misionero y miembro del comité ejecutivo de la exposición, P. Luis Bisbal (1930b: 855)

<sup>42</sup> El P. Bisbal (1930b: 855) señala que participan en la clausura quince mil personas. Las sesiones ordinarias se celebran de forma simultánea en dos sedes fuera del recinto de la exposición.

<sup>43</sup> Por supuesto, tales carencias no afectan sólo al ámbito misional. La situación de la etnología y de la antropología en el mundo universitario y científico español no es especialmente destacada durante esas mismas fechas.



comprobaremos, también se deja notar en la Semana de Misiología<sup>44</sup> que se celebra como gran colofón de la exposición. Es significativo que las revistas misionales encargadas de sintetizar los contenidos de las memorias leídas en el congreso apenas presten atención a la intervención de Barandiarán —que quizás pudo tener un carácter «excesivamente» científico— y se centren sin embargo en la mucho menos relevante comunicación presentada por el P. Calixto Geispolsheim —secretario general de las misiones de los capuchinos, con residencia en Roma— en la Semana de Misiología celebrada poco antes de la clausura de la exposición. Este religioso se interesa ciertamente por los estudios etnológicos, pero lo hace de modo muy distinto a como lo plantea el sacerdote vasco. En su intervención, titulada «El animismo de los carolinos», el capuchino asegura lo siguiente:

[...] querer que todos los misioneros trabajen en este sentido [la investigación etnológica] y estén suficientemente preparados, es punto menos que imposible. Lo que pudiera hacerse es componer un *libro de escuela*, [...] en el que se diesen las nociones capitales sobre el asunto y se explicasen los términos, etc., para que así, partiendo a las misiones con una idea general sobre la materia, puedan, si a mano viene, aprovechar lo interesante que en sus correrías encuentre (Sever 1930: 85).

Finalmente, hemos de reconocer que el congreso tiene mucho mayor éxito como vehículo de propaganda católico-misional que en su calidad de evento académico o científico. Aunque ya la inauguración fue multitudinaria, es su clausura «popular» —no la académica ya citada— el acto que se convierte en el mayor espectáculo de masas de la exposición misional, de entre los que tienen lugar en el interior del recinto ferial. En aquella jornada, el 29 de julio de 1929, se celebra una Misa Pontifical en el estadio de Montjuïc que cuenta con la presencia de la Familia Real —«caso único en el mundo de fiesta misional» (Laurbilza 1930: 104)—, a la que asisten nada menos que sesenta mil fieles, cifra que Torralba (1929a: 619) eleva hasta ochenta mil.<sup>45</sup> En todo caso, la concurrencia es espectacular: «Ni aún en los más populares acontecimientos deportivos se ha registrado algo semejante a esto; es un caso excepcional y consolador que demuestra hasta qué pun-

<sup>44</sup> En los textos consultados se emplean de forma indistinta los términos «misiología» y «misionología», aunque la semana de estudios se adjetiva con el primero. Ninguno aparece recogido en el diccionario de la RAE. En la actualidad, se utiliza más frecuentemente el segundo.

<sup>45</sup> En setenta mil las cifra el P. Luis Bisbal (1930b: 855). Si el aforo del estadio era, como indican algunas fuentes, de sesenta mil espectadores, la cifra de participantes en la misa probablemente no pasaría de las sesenta y cinco mil —que ya es un buen número—, teniendo en cuenta que las gradas estaban repletas y que sobre la pista podrían contarse quizás dos o tres mil personas más.

to es leal la religiosidad de nuestro pueblo» (*id.*: 624). Si damos crédito a los cronistas, el ambiente hubo de estar cargado de un fervor nacional-católico intensísimo, como lo demuestra que Alfonso XIII fuera recibido con aclamaciones de «Viva el Rey Católico, Viva el Rey Misionero», tanto en el acto previo de la clausura académica del congreso en el Palacio Nacional como en el propio estadio (*id.*: 619). Uno de los cronistas de la revista *Illuminare*, más interesado por las imágenes que por los mensajes orales allí desplegados, describe el acto de forma mucho más moderna y mediática: «El espectáculo era de grandiosidad norteamericana» (Artero 1929: 241). Las fotografías disponibles sobre el acontecimiento confirman que estamos ante un evento ciertamente impactante<sup>46</sup>.

Pero, aunque casi parezca increíble, como colofón del congreso aún se organiza un acto festivo más: un fastuoso «Cortejo Histórico Misional», que recorre las calles más céntricas de la ciudad durante la tarde de aquel mismo 29 de julio<sup>47</sup> y que —supuestamente y al margen de la propia exposición— es el acontecimiento que reúne a mayor número de espectadores: nada menos que medio millón<sup>48</sup>. A diferencia de la popular «Cabalgata de las Naciones», este cortejo histórico se puede considerar como una presentación al aire libre —sintética y muy parcial— de los contenidos de la muestra misional. Aunque participan tanto órdenes religiosas masculinas como femeninas, no lo hacen todas las que podemos considerar más relevantes desde una perspectiva histórico-misional, pues, por ejemplo, no están presentes ni agustinos, ni franciscanos, ni jesuitas. Sí encontramos, sin embargo, a todas las Obras Pontificias que disponen de *stand* en el Palacio Misional. En conjunto, forman el cortejo dieciocho carrozas, algunas de ellas tiradas por caballos y otras dispuestas sobre vehículos automóviles.

Por las fotografías de que disponemos y, sobre todo, por la relación de participantes que se hace en la revista *Illuminare*<sup>49</sup>, sabemos que cada congregación y obra pontificia presenta aquí las piezas que pueden resultar más

<sup>46</sup> Se reproducen en Torralba (1929b: 620-622). La foto más espectacular es, no obstante, la que en gran formato desplegable se publica en *Illuminare*, en su número extraordinario dedicado a la exposición de noviembre-diciembre de 1929, entre las páginas 224 y 225, que enfoca la pista y la totalidad de las gradas del estadio.

<sup>47</sup> Un evento similar se organiza durante la Exposición Iberoamericana de Sevilla de aquel mismo año. En este caso se trata de la «Cabalgata Histórica de la Raza Hispano-Americana», que incluye la presencia de carrozas alegóricas y de un elevado número de figurantes, que representan tanto a personajes históricos identificables como a tipos históricos presuntamente significativos de cada época.

<sup>48</sup> Ofrece esta cifra el P. Luis Bisbal (1930b: 855).

<sup>49</sup> «El Cortejo Histórico», *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España* [64] (noviembre-diciembre de 1929): 244-288.

vistas o impactantes en un recorrido procesional, sobre todo imágenes religiosas y representaciones escultóricas de los pueblos «salvajes» misionados<sup>50</sup>. En realidad, sólo algunas tienen una orientación decididamente histórica. Quizás el ejemplo más destacado sea el de la «Obra Pontificia de San Pedro Apóstol para la formación de sacerdotes indígenas», en la que los caballos que tiran del vehículo —sobre el que, obviamente, se sitúa una imagen de San Pedro, con varios niños y clérigos a sus pies— están montados por figurantes ataviados de soldados romanos (fig. 8). Además, las carrozas de algunos colegios religiosos incluyen la presencia de niños y, sobre todo, de niñas vestidas con indumentarias exóticas o disfrazadas de ángeles, repitiendo así a menor escala el modelo desplegado en la Cabalgata de las Naciones. La de mayor calidad artística y también la de mayor carga simbólico-pastoral parece ser la carroza presentada por la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe que, además de cerrar el cortejo, se convierte en su verdadero epicentro sacro<sup>51</sup>. En ella se muestra una imagen de «Jesucristo Rey de las Naciones»<sup>52</sup> situada delante de una gran cruz coronada, de cuyo centro se desprenden haces de luz redentora. Frente a Cristo, en un plano muy inferior, seis figuras que representan a las diferentes razas y pueblos del mundo se postran o dirigen su mirada suplicante hacia el Salvador. Pero la carroza más narrativa y también la más expresiva es la que presentan los salesianos (fig. 9). Merece la pena reproducir la descripción que se recoge en la revista *Illuminare*<sup>53</sup>:

En la carroza campea la figura del beato<sup>54</sup> [Juan Bosco], cobijando a los indios de la Patagonia, hoy ya civilizados, y que fueron los primeros misionados por los salesianos. En la parte posterior se yergue la figura de María Auxiliadora, fundada también por el beato Bosco, curando a un negrito. Esta carroza, tirada por cuatro caballos, guiados por [españoles vestidos de] indios, va precedida por tres grupos que figuran: el primero, salvajes en la selva; segundo, salvajes recibiendo su aprendizaje de un arte u oficio en las Escuelas Profesionales de las Misiones Salesianas y el tercer grupo figura ya el indio, transformado en obrero, agricultor, etc., cristiano. Abre la marcha un heraldo con la inscripción: 'Misiones

<sup>50</sup> Torralba (1929b: 621-624) reproduce varias imágenes del cortejo. También aparecen algunas en el artículo anónimo citado en la nota anterior.

<sup>51</sup> Fue realizada por la casa Bochaca, con sedes en Olot y Barcelona, quizás el más importante taller de imagerie religiosa durante aquellos años, perteneciente a la conocida tradición y escuela olotina.

<sup>52</sup> Se trata de una imagen diferente a la que preside el vestíbulo central del Palacio Misional.

<sup>53</sup> «El Cortejo Histórico», *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España* [64] (noviembre-diciembre de 1929): 246. La revista publica una imagen de esta carroza pero no de los tres grupos que la preceden, cuyo carácter desconocemos.

<sup>54</sup> Sería canonizado por Pío XI poco después, en 1934.

Salesianas del Beato Juan Bosco'. Acompañanla los niños de las Escuelas Salesianas de Sarriá con su banda de música y algunos misioneros y superiores de la Congregación Salesiana.



FIGURA 8: Carroza de la «Obra Pontificia de San Pedro Apóstol para la formación de sacerdotes indígenas», participante en el Cortejo Histórico Misional. *Iluminare*, 64 (noviembre-diciembre de 1929), p. 226.

### 3.5. *Semana de Misiología y Gran Comunión infantil*

La Semana de Misiología se celebra entre el 29 de junio y el 5 de julio de 1930, como principal acto de clausura de la exposición misional. Como indica el jesuita P. Leturia (1930), el propósito es organizar una reunión para debatir temas de «ciencia misional», no cuestiones de propaganda ni de organización de las misiones, algo de lo que no todos los participantes fueron conscientes. Por los comentarios de Leturia y de otros cronistas, sabemos que la organización de estas jornadas se habría derivado en alguna medida del escaso «ambiente científico» que se respiró durante el congreso misional. Participan únicamente religiosos, incluidos algunos extranjeros. Desde *El Siglo de las Misiones*, el citado P. Leturia señala que fue un gran éxito, aunque sus conclusiones fueran modestas. Y es que, aunque en las actas se anota que aún no es el momento oportuno para la fundación de un instituto científico español de misiones ni de una revista especializada, sí se acuerda la creación de una «Asociación para el fomento de los estudios misiológicos en España», además de recomendarse la puesta en práctica de otras iniciativas.

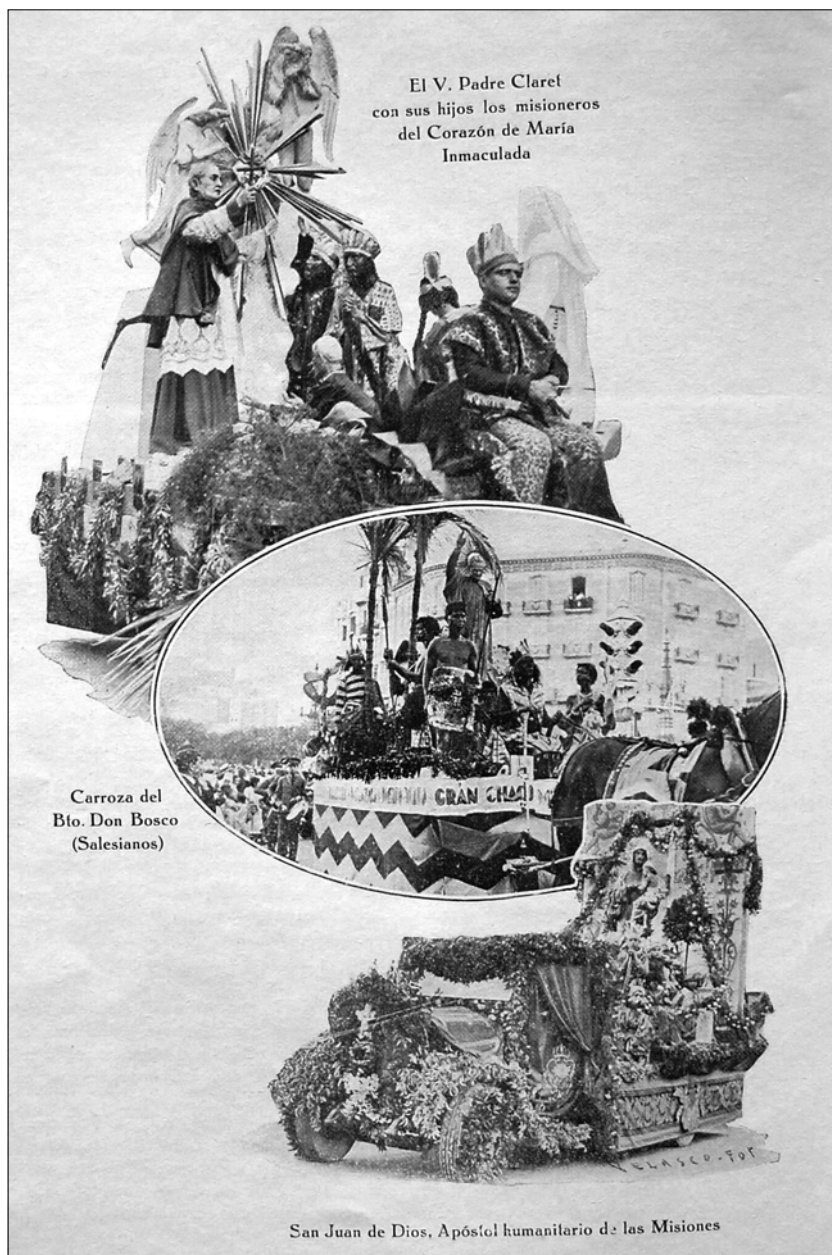


FIGURA 9: Tres carrozas del Cortejo Histórico Misional. *Iluminare*, 64 (noviembre-diciembre de 1929), p. 246.

La escasa presencia de la etnología también durante esta semana de estudio confirma el dato, ya anotado, de su limitada recepción por parte de los religiosos españoles. En la detallada crónica que sobre las jornadas hace la revista *El Misionero*, únicamente se menciona la presentación de tres memorias de contenido u orientación etnológica<sup>55</sup>: *Valor histórico y etnológico de las crónicas misioneras*, del agustino P. Victoriano Capáraga<sup>56</sup>; *El animismo de los carolinos*, del ya citado capuchino P. C. Geispolsheim y *Las razas amarilla y malaya*, del dominico Fr. José Álvarez, Prefecto Apostólico de Shikoku, en Japón. Ninguna de las tres parece que tuviera verdadera altura científica. La primera no era sino una hagiográfica reivindicación del valor documental de las crónicas: «Los misioneros son los únicos que han bebido directamente en la fuente por su trato íntimo con los indígenas. Son los más documentados. Siempre y en todas partes han dedicado su atención a esos estudios [...]». La memoria del capuchino «tuvo cautivada la atención de todos con la exposición de creencias, ritos, costumbres, medicinas, etc., de los indígenas de las islas Carolinas [...]», pero no es previsible que fuera más allá. Por último, la tercera intervención no parece que consistiera en realidad en ningún estudio etnológico propiamente dicho, sino en una mera relación histórica de crónicas misionales y, nuevamente, en una defensa de la presunta preparación etnológica de los misioneros españoles, a quienes «los extranjeros acuden siempre [...] para asimilar sus estudios». Pese a todo, y como para curarse en salud, el religioso agustino califica a los estudios etnológicos misionales como una «supererogación», es decir, una acción realizada al margen de las que tienen impuestas por obligación. Parece evidente, por tanto, que la inmensa mayoría de las órdenes y de los religiosos españoles considera la etnología como un mero aditamento en la obra misional, mostrándose muchos de ellos poco o nada dispuestos a valorar de forma ponderada su significado como disciplina científica. Ciertamente asumen que algunas de sus aportaciones pueden resultarles útiles en la práctica evangelizadora, pero da la impresión de que la etnología les interesa más como una tarea circunstancial que puede conferir a su quehacer misional un cierto halo de científicidad, algo muy necesario después de décadas de conflicto entre religión y ciencia y de intenso acoso a las bases de la propia fe<sup>57</sup>. Tal vez se detecta incluso un cierto complejo de inferior-

<sup>55</sup> «Crónica de la Semana Misiológica de Barcelona. 29 junio-6 julio 1930». *El Misionero* 83 (agosto de 1930): 143-159.

<sup>56</sup> En la citada revista *El Misionero* se cita a este agustino como P. Victorino Capánaga. El nombre que anotamos en el texto lo tomamos del listado de intervenciones que se recoge en la *Revista de la Exposición Misional Española XVIII* (octubre) de 1920): 847.

<sup>57</sup> No obstante, hemos de anotar que la junta organizadora de la Semana de Misiología propuso a los delegados de las órdenes e institutos misioneros la creación, además de

ridad, ante los progresos de la ciencia, en los débiles argumentos con los que se trata de reivindicar, desde las páginas de la revista oficial del certamen, el carácter avanzado y científico de la práctica misional: «Porque después de esta Semana [de Misiología], un hecho, entre otros varios, ha quedado como incuestionable: la formación científica que dan a sus miembros las Órdenes religiosas [...]. Se ha patentizado como nunca, la necedad y la intención calumniosa de los que pregonan ese manoseado *obscurantismo* de nuestros religiosos» (Torralba 1930: 843-844).

Al margen de lo dicho, y aunque hemos visto que el propósito de la Semana de Misiología es el análisis científico de las misiones, su clausura sirve de excusa para la organización de un nuevo acto tremendamente espectacular y propagandista que, a su vez —y el proceso parece que nunca fuera a concluir—, es el acontecimiento previo a la clausura oficial de la propia exposición misional: en la avenida principal del recinto de la exposición internacional, con el impactante telón de fondo del Palacio Nacional de Montjuïc y bajo una enorme cruz roja de doce metros de altura, el obispo de Barcelona y sesenta sacerdotes más concelebran la mañana del domingo del 15 de julio de 1930 una nueva y multitudinaria misa al aire libre durante la cual tiene lugar una «Gran Comunión infantil», en la que participen varios miles de adultos y nada menos que treinta mil niños y niñas, ataviados con los preceptivos trajes de Primera Comunión<sup>58</sup>. La razón que justifica la celebración de esta multitudinaria comunión infantil queda explicada de forma tan clarificadora como relamida —y manipuladora— en el último número de la publicación oficial del certamen<sup>59</sup>:

Pero a esa Semana [de Misiología] de carácter científico, debía preceder<sup>60</sup> un último acto de externa resonancia [...].

Y el Comité puso sus ojos en los niños, en los que desde su más tierna infancia, cuando todavía no se les puede alcanzar la trascendencia de la obra de las Misiones, suplen con la ternura de su corazón, con la espontaneidad de sus generosos arranques, con la ingenuidad de su plegaria, con la frescura de su inocente candor, con la sencillez y clarividencia de su fe lo que pudiera faltar al

---

la citada asociación de estudios misiológicos, de un «Museo Etnológico Misional». Se hicieron incluso gestiones para la cesión del propio palacio de la muestra o, tras la indicación de que sería demolido, de otros recintos de la exposición internacional. Aunque las primeras impresiones de las autoridades religiosas eran optimistas, finalmente no se llegó a concretar nada. Informa de los primeros pasos el misionero del Sagrado Corazón, y miembro del comité ejecutivo de la exposición, P. Luis Bisbal (1930a).

<sup>58</sup> «Gran Comunión infantil en la Exposición de Barcelona». *Revista de la Exposición Misional Española*, XVIII (octubre): 837-840.

<sup>59</sup> *Ibid.*: 837.

<sup>60</sup> Lo cierto es que no la precede, sino que la sigue.

conocimiento pleno del gran problema de la extensión de la iglesia, del Reino de Cristo, a las ingentes regiones del mundo infiel.

Las imágenes que de esta misa solemne se editan en varias publicaciones religiosas son quizás la más acabada muestra gráfica de la singular mezcla de tradicionalismo católico y vanguardia expositiva que se puede contemplar en la capital catalana entre 1929 y 1930. Ninguna otra exposición internacional o universal de la historia ofrece un documento tan singular como la fotografía que muestra a miles de devotos creyentes arrodillados sobre la gran Avenida de María Cristina, con el fondo de las dos torres venecianas de acceso al recinto ferial en la Plaza de España<sup>61</sup> (fig. 10). El espacio que la exposición internacional había convertido en la arteria principal que daba acceso a pabellones y creaciones que pretendían ser el más rutilante ejemplo de la modernidad, se transmuta en un inmenso escenario que acoge un espectáculo de masas eminentemente conservador. El entorno que durante meses había hecho posible la sacralización del progreso técnico e industrial cede su espacio por unas horas a una ceremonia que, ahora sí, es en verdad sagrada y «sacralizante»; todo ello, por supuesto, si se participa de la fe católica. Pero que hayamos empleado los términos «tradicionalismo» y «conservador» no debe dar lugar a equívocos, ya que tanto esta clausura eucarística como la mayor parte de los actos y ceremonias que se organizan en el marco de la exposición misional —especialmente las eucaristías de masas y las cabalgatas— ofrecen un carácter marcadamente moderno y espectacular, al menos en lo que se refiere a sus formas externas, esto es, a los mecanismos de consolidación y refuerzo de la fe de los ya creyentes y de captación de nuevos fieles.

#### 4. CONCLUSIONES

La celebración de la exposición misional y de todos sus actos paralelos es —al margen de las críticas puntuales que recogen algunos escritos contemporáneos por cuestiones menores— un rotundo éxito propagandista de la Iglesia católica y, de forma aún más concreta, de determinadas órdenes religiosas. Los organizadores son plenamente conscientes de ese auténtico triunfo social y religioso, mostrándose aún más optimistas respecto a las favorables consecuencias que habrían de derivarse de tan extraordinario evento. El P. Luis Bisbal (1930a: 855), misionero del Sagrado Corazón y miembro del comité ejecutivo del certamen, lo resume de forma acertada:

<sup>61</sup> *El Siglo de las Misiones*, 200 (agosto de 1930), pp. 261, 265 y, la fotografía citada, en p. 270. También se reproducen varias imágenes de la ceremonia en la *Revista de la Exposición Misional Española XVIII* (octubre) de 1930): 839.





FIGURA 10: «Gran Comunión infantil», celebrada el 15 de julio de 1930.  
*El Siglo de las Misiones*, XVII, nº 200 (agosto de 1930), p. 270.

Ha constituido pues la Exposición la propaganda más grandiosa que pudiera hacerse por la obra evangelizadora de la Iglesia. Sin contar el sinnúmero de hojas explicativas, programas, folletos, artículos y sueltos de periódicos que durante un año han aparecido casi a diario en la prensa de Barcelona, y en parte en la del resto de España. En una palabra, gracias a la Exposición, el tema misional ha dejado de ser propio y exclusivo de las sacristías para elevarse al rango de tema y preocupación de carácter nacional.

La revista oficial de la exposición se hace eco también de determinadas opiniones favorables de destacados religiosos extranjeros, como la del Superior General de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús<sup>62</sup>:

No sospechaba yo que en el grandioso plan de la Exposición de Barcelona se hubiese dedicado [a las misiones] un Palacio tan espléndido como el que he visitado. Es en realidad el monumento más hermoso que en el mundo se ha levantado a las misiones católicas. [...] La Exposición Misional Vaticana [...] fue más vasta, más completa, pero la de Barcelona la supera en riqueza y elegancia de presentación. Todas las grandes regiones misionales [...] se hallan bien representadas y producen un conjunto completo y grandioso, que da idea clara de lo que son y representan las misiones católicas.

<sup>62</sup> *Revista de la Exposición Misional Española* X (julio de 1929): 480.

Es una Exposición modelo, como no se ha celebrado otra en ninguna nación del mundo, exceptuada la Vaticana. [...]

Se está actualmente preparando una Exposición Misional para el año próximo en Amberes, bajo la protección del Gobierno belga<sup>63</sup>. No creo que los organizadores de esta Exposición aspiren, ni con mucho, a igualar a Barcelona [...].

Y, aunque más adelante comprobaremos que los religiosos que realmente están implicados en estudios etnológicos no son de la misma opinión, lo cierto es que el impacto popular del certamen debió de ser enorme. Si bien no disponemos de cifras oficiales, el P. Elizondo (1930: 363) apunta que contemplan la exposición un millón y medio de personas, cifra que se menciona igualmente en la revista del certamen fechada en diciembre de 1929, esto es, cuando aún quedan casi siete meses para la clausura<sup>64</sup>. Aunque estas cifras parecen demasiado elevadas, sobre todo la que se habría alcanzado presuntamente en diciembre de 1929, no sería de extrañar que hubiera tenido tal éxito, dado el fervoroso catolicismo hispánico. En todo caso, sí que se dispuso de un margen de tiempo generoso para visitar la muestra, ya que la exposición misional estuvo abierta prácticamente un año, hasta el 15 de julio de 1930<sup>65</sup>.

Tampoco debió de ser irrelevante la cuenta económica, tanto la de gastos como la de ingresos. Ya sabemos que la construcción y el acondicionamiento del pabellón corre a cargo de los organizadores de la exposición internacional; con todo, las congregaciones y órdenes religiosas debieron de hacer un esfuerzo notable para participar. Desconocemos, no obstante, si esas mismas órdenes obtienen —de forma inmediata o diferida— algún tipo de rédito económico directo, en forma de limosna o donación. En relación con este tema, el prefecto de la congregación de Propaganda Fide —el cardenal Willem van Rossum— había comunicado oficialmente a los organizadores del certamen misional lo siguiente<sup>66</sup>:

Mientras bendigo, pues, y recomiendo la obra, deseo que se tenga muy presente, que la Exposición tenga un fin únicamente espiritual y que ella no debe servir para fines industriales, ni para recoger limosnas, ya para las Misiones en general, o ya para alguna Misión especial. Sin embargo, los que visitando la Expo-

<sup>63</sup> Se refiere en realidad a la sección misional de la exposición internacional y colonial de Amberes de 1930.

<sup>64</sup> *Revista de la Exposición Misional Española* XV (diciembre de 1929): 731.

<sup>65</sup> La exposición internacional, y con ella la misional, tenía previsto cerrar sus puertas el 15 de enero de 1930. No obstante, se prolongó la apertura de ambas hasta el 15 de julio, aunque durante ese periodo de ampliación la primera vio rebajado su carácter oficial al de «exposición nacional» (Grandas 1988: 31; Almeida 1995: 39).

<sup>66</sup> Protocolo n.º 4411-26, fechado en Roma a 11 de enero de 1927. *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, 48 (marzo-abril, 1927): 35.

sición, se sientan movidos a dar limosnas para las Misiones, podrán hacerlo dirigiéndose a las Obras Pontificias, las cuales deben estar en Primera Línea, o también a las Obras particulares.

Habrá quien piense que la interpretación que seguidamente planteo de este texto tiene algo de maliciosa<sup>67</sup>, pero creo que resultaría demasiado inocente asumirlo sin más en su estricta literalidad. Podemos aceptar que la exposición tuviera un fin «únicamente espiritual», pero sólo si por fin espiritual entendemos la expansión ideológica y práctica de la Iglesia católica en el mundo, con todas sus implicaciones materiales. Por otro lado, llama la atención el hecho de que, pese a afirmarse que no es objetivo del certamen la entrega ni la recepción de limosnas, luego resulta que sí, que se pueden recoger. Y, por supuesto, si alguien desea entregar su óbolo, lo mejor es que lo haga primero a las Obras Pontificias, que deberían estar en primerísima fila, por si el visitante se cansa o por si su fe o su bolsillo se resienten. De todas formas, ninguna posibilidad tenemos de cuantificar la generosidad de los fieles. Sí sabemos, como ya anotamos al comienzo, que las seis exposiciones sucesivas de objetos —exclusivamente de objetos— donados con destino a las misiones fueron valoradas en dos millones y medio de pesetas.

Pasemos ya a una última cuestión, de especial interés: la relevancia etnológica de la exposición. Aunque no hemos llevado a cabo una comprobación sistemática, no parece arriesgado afirmar que el certamen misional de Barcelona es la mayor exposición de orientación etnológica organizada nunca en España. Cuestión diferente es si tuvo la base científica que pudo o debió haber tenido. Porque es cierto que el despliegue de colecciones etnográficas fue impresionante y variado, pero no parece que ni la metodología expositiva ni la labor de documentación de las piezas estuvieran a la altura de las circunstancias. Ya hemos adelantado cuál es la principal causa que da origen a estas carencias: la casi nula vinculación real entre investigación etnológica y mundo misional español<sup>68</sup>. Veámoslo con más detalle.

Una prueba inicial, pero ya irrefutable, de la escasa implicación del ámbito misional español en la investigación etnológica la tenemos en la prácticamente nula participación de misioneros españoles en las «Semanas

<sup>67</sup> Así opina uno de los evaluadores del artículo contactados por la *RDTP*.

<sup>68</sup> Me estoy refiriendo al contexto contemporáneo al de la celebración de la exposición, aunque esta valoración también podría extenderse a otras épocas y a otros países. No obstante, lo anotado no nos impide reconocer el gran valor etnográfico y antropológico de la obra de determinados religiosos —misioneros o no— anteriores y posteriores a la época de referencia. De todas formas, el debate sobre la relevancia de la antropología misional y sobre las relaciones entre antropólogos y misioneros sigue abierto.

de Etnología» internacionales organizadas por la Iglesia católica durante las primeras décadas del siglo xx. En la cuarta y última que se cita en el texto consultado (Cabrera Warleta 1927: 134), celebrada en Milán en 1925, de entre el total de ciento treinta participantes —cuarenta y siete de ellos alemanes— sólo se contabiliza a un español. Desconocemos su identidad, pero es muy probable que se tratara de J. M. de Barandiarán, o quizás del propio cronista. Y es precisamente el citado sacerdote y etnólogo vasco quien hace las anotaciones más críticas sobre la exposición misional. Después de elogiar el evento y el pabellón —que considera debería conservarse para albergar un museo misional—, hace unos comentarios muy acertados que merece la pena reproducir en su integridad (Barandiarán, 1929: 209):

Estas colecciones constituyen indudablemente un gran esfuerzo y una violenta sacudida que despertará a muchas almas y les hará mirar con simpatía la obra de evangelización que ha realizado y realiza la Iglesia Católica. Se me figura, sin embargo, que el dato verdaderamente misional, el *elemento activo*, impresionantemente, propio de una Exposición de misiones, se encuentra allí quizás excesivamente diluido. [...] Los documentos de culturas diversísimas, formando acervos heterogéneos, insuficientemente etiquetados muchas veces, no tienen ningún valor etnográfico; pero tampoco misional: nada nos dicen, directa ni indirectamente, acerca de la actitud expansiva de la Iglesia (medios de evangelización y resultados obtenidos), ni de las enormes dificultades con que el misionero tropieza en su obra.

A renglón seguido, Barandiarán asegura que no pretende hacer reproche alguno a los organizadores y que tales deficiencias o dificultades se han producido en todas las exposiciones misionales celebradas hasta entonces, y cita concretamente la de Aquisgrán, de 1922. Sin embargo, la verdad es que el sacerdote vasco acierta de lleno en su diagnóstico.<sup>69</sup> Desde una perspectiva estrictamente científica —etnológica— la exposición es claramente deficiente, pues no ofrece la información mínima que permita al visitante comprender, aunque sea de forma muy básica, aquello que observa. En segundo lugar —y esto es aún más grave en un evento misional—, la exposición no acerca al público la verdadera esencia, tanto práctica como doctrinal, de la obra evangelizadora. Aunque Barandiarán no lo afirma de forma explícita, lo que nos está diciendo es algo que ya hemos adelantado: que el objetivo esencial y casi único de la exposición es tocar la fibra

---

<sup>69</sup> Algo similar habría pensando seguramente el jesuita P. Martín Gusinde —conocido por sus estudios etnológicos sobre los pueblos de Tierra del Fuego— quien, tras tener noticia de la exposición de Barcelona, anota la conveniencia de que el certamen tenga «una sección puramente etnológica, en el sentido poco más o menos, de demostrar las etapas culturales en que deben clasificarse los pueblos no civilizados, o sea, no europeos; según el esquema de la Kultur Kreisler [sic]» (Cabrera 1928: 37).

sensible de los creyentes acerca del sacrificio del misionero y la indigencia, tanto moral como material, de los misionados. El despliegue de colecciones etnográficas es ante todo un reclamo, el mejor de los que disponen la mayoría de las órdenes religiosas, para mostrar a los nativos, a los pueblos «salvajes», en su condición extraña, mísera y subordinada. Por supuesto, cuando los infieles son de otra condición, cuando pertenecen a contextos culturales repletos de extraordinarias manifestaciones culturales —como en China o India—, el procedimiento cambia, y los objetos exhibidos se convierten en un reclamo en sí, válido por su propia relevancia artística. Pero a esto se une, en todas las circunstancias, un despliegue explícito y reiterativo de los «espantosos» dioses y fetiches y de los poco menos que ininteligibles rituales de tales culturas, que son buena prueba tanto de los dramáticos errores en materia de fe como de las perversiones morales de todas esas gentes.

Es muy probable que muchos de los religiosos que organizan o participan de una u otra forma en el evento misional no sean conscientes de tales carencias. De hecho, ya comprobamos que los estudios etnológicos misionales son considerados —salvo excepciones como la de Barandiarán— como una tarea que sólo unos pocos clérigos han de abordar, y siempre de forma claramente supeditada y subordinada a la propia expansión misional. Otra cosa es la recopilación de objetos curiosos y singulares, que siempre pueden mostrarse ante un público ávido de emociones; de emociones fuertes, pero sin riesgo. Pero también es posible que tanto los organizadores —o parte de ellos— como otros personajes relevantes del clero regular y secular sean muy conscientes de lo que hacen y de lo que presentan en la exposición.

En efecto, en la misma revista de la Unión Misional del Clero en la que publica sus comentarios Barandiarán, en *Illuminare*, encontramos otra opinión que, si bien coincide prácticamente de forma absoluta con lo que afirma el sacerdote vasco, lo hace desde una posición científico-misional totalmente enfrentada. El texto lo firma José de Ariztimuño (1929: 160-161) —quien no parece ser miembro del clero— y dice lo siguiente:

Una Exposición Popular. Éste es el carácter de la Exposición instalada en el Palacio de las Misiones. Ningún alarde científico, ninguna pretensión de ofrecer enseñanzas metodizadas con criterio de investigación o de escuela. Es una finalidad más modesta en el orden intelectual, pero más intensa y emotiva, puesto que se dirige al corazón de los católicos. Es menester tener en cuenta la formación misional de nuestro pueblo, para comprender que es más que suficiente lo que se presenta para adquirir un conocimiento adecuado del problema misionero.

La opinión de este personaje es rotunda: la exposición no es ni una cátedra ni un museo de etnología. Pero la cuestión no es sólo que no sea

ni una cosa ni la otra, sino que *no debe* serlo. Además, y aunque esto lo dice de forma menos contundente, también asume que el certamen deja mucho que desear desde una perspectiva estrictamente misionológica. Pero en este tampoco se puede hacer más, teniendo en cuenta la prácticamente nula formación misionológica del público al que está dirigida, esto es, del público español. En resumen, lo que uno critica como defecto, el otro lo alaba como virtud. Quizás ambos tengan razón, lo único que ocurre es que la visión de Barandiarán es la de un etnólogo, un etnólogo católico, mientras que la de Ariztimuño es la de alguien interesado única y exclusivamente en la expansión de la fe, en el crecimiento de la Iglesia católica.

En resumen, la exposición misional es ante todo y sobre todo un gran espectáculo de masas, quizás el mayor y más intenso evento católico organizado nunca en España hasta las visitas del Papa Juan Pablo II. Sin duda, debió de servir para expandir el conocimiento sobre la práctica misional y para acrecentar el fervor religioso-patriótico de los visitantes y turistas y, por extensión, de buena parte de Cataluña y de toda España. También es posible que tuviera una proyección política notable y que contribuyera de algún modo al reforzamiento de la tradicional confesionalidad del Estado español. De todas formas, la simiente cayó sobre un terreno ya previamente abonado de catolicidad, sin transformar apenas en nada otros territorios sociopolíticos. Lo que no parece es que contribuyera a la potenciación de los estudios etnológicos en España, ni por parte de los religiosos ni del mundo académico laico, aunque esto es algo que no podemos asegurar de forma categórica. Quizás sí sirviera para popularizar de algún modo ese singular y nebuloso mundo de tierras y gentes lejanas, exóticas y «salvajes» que se había desplegado allí, en Barcelona, durante casi todo un año. Los visitantes del certamen misional tuvieron la oportunidad de contemplar el más variado y numeroso repertorio de cultura material de pueblos no europeos visto nunca en España. Otra cosa es que fueran capaces de sacar algo en claro de todo aquello.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALMEIDA, CRISTINA FERREIRA DE. 1995. *Barcelona 1929*. Lisboa: Expo'98.
- ARIZTIMUÑO, JOSÉ. 1929. «Inauguración del Palacio de Misiones de Barcelona». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, 63 (septiembre-octubre): 159-164.
- ARTERO, JOSÉ. 1929. «Misa en el Estadio». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, [64] (noviembre-diciembre): 241-243.
- BARANDIARÁN, JOSÉ MIGUEL DE. 1929. «Exposición Misional de Barcelona». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, [64] (noviembre-diciembre): 208-210.

- BISBAL, LUIS. (MSC) 1928. «Los Institutos Religiosos en la Exposición». *Revista de la Exposición Misional Española*, III (diciembre): 142-144.
- . 1930a. «La herencia de la Exposición Misional». *Revista de la Exposición Misional Española*, XVIII (octubre): 851-853.
- . 1930b. «Los frutos de la Exposición Misional». *Revista de la Exposición Misional Española* XVIII, (octubre): 855-856.
- CABRERA WARLETA, MANUEL. 1927. «La Semana de Etnología religiosa». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, 51 (septiembre-octubre): 132-135.
- . 1928. «La Exposición Misional de Barcelona elogiada por los más sabios etnólogos». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, 54 (marzo-abril): 37-38.
- CALVO CALVO, LUIS. 1993. «Etnología y misionología en la Exposición Universal de Barcelona de 1929». *Anthropologica. Revista de Etnopsicología y Etnopsiquiatría*, 7-12 (1): 117-128.
- CATÁLOGO [1929]. *Exposición Misional. Catálogo ilustrado de los objetos expuestos en el Palacio de las Misiones*. Barcelona: Imp. Elzeviriana y Librería Camí, S.A.
- COOMBES, ANNIE E. 1994. *Reinventing Africa: Museums, Material Culture and Popular Imagination in Late Victorian and Edwardian England*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- CORBET, RAYMOND. 1993. «Ethnographic Showcases, 1870-1930». *Cultural Anthropology*, 8 (3): 338-369.
- ELIZONDO, VÍCTOR. (SJ) 1928. «La Exposición Misional Española de Barcelona en 1929». *Illuminare. Boletín oficial de la Unión Misional del Clero de España*, 57 (septiembre-octubre): 133-134.
- . 1930. «La Exposición Misional Española de Barcelona». *El Siglo de las Misiones*, 203 (noviembre): 356-363.
- ERLMANN, VEIT. 1999. «Spectatorial Lust: The African Choir in England, 1891-1893», en Bernth Lindfors (ed.), *Africans on Stage: Studies in Ethnological Show Business*. 107-134. Bloomington: Indiana University Press.
- GRANDAS, M. CARMEN. 1988. *L'Exposició Internacional de Barcelona de 1929*. Barcelona: Els llibres de la Frontera.
- LAURBILZA, Z. (SJ) 1929. «El gran acontecimiento misional de España». *El Siglo de las Misiones*, 187 (julio): 218.
- . 1930. «Ante la Exposición Misionera de Barcelona (1929-1930). Impresiones de un visitante». *El Siglo de las Misiones*, 196 (abril): 97-107.
- LEONE, ALBA ROSA. 1980. «La política misionaria del Vaticano tra le due guerre». *Studi Storici*, 21 (1): 123-156.
- LETURIA, PEDRO. (SJ) 1930. «La Semana de Misiología de Barcelona, 29 de junio - 5 de julio». *El Siglo de las Misiones*, 200 (agosto): 255-267.
- ROMERO DE TEJADA, PILAR. 1992. *Un templo a la ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, LUIS ÁNGEL. 2003. *Un imperio en la vitrina: el colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- . e.p. «África en Sevilla: La exhibición colonial de la Exposición Iberoamericana de 1929». *Hispania. Revista Española de Historia*.
- SEVER. (CMF) 1930 «Las Sesiones del Congreso Nacional de Misiones celebrado en Barcelona (Conclusión)». *El Misionero*, 80 (mayo): 84-90.

- SOLANO SOBRADO, MARÍA TERESA. 1986. «Antecedentes históricos de la Exposición Iberoamericana de Sevilla». *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 7: 163-187.
- STOKLUND, BJARNE. 1994. «The role of the International Exhibitions in the construction of national cultures in the 19th Century». *Ethnologia Europaea*, 24 (1): 35-44.
- TORRALBA, BENEDICTO. 1929a. «Solemne inauguración del Palacio de las Misiones». *Revista de la Exposición Misional Española*, X (julio): 471-479.
- . 1929b. «El Congreso Nacional de Misiones de Barcelona». *Revista de la Exposición Misional Española*, XIII (octubre): 615-624.
- . 1930 «La Semana de Misiología de Barcelona», *Revista de la Exposición Misional Española*, XVIII (octubre): 843-849.
- VILLALBA, VALENTÍN. (CMF) 1928. «Las exposiciones misioneras». *El Misionero*, 55 (abril): 65-66.
- VINTS, LUC. 2005. «D'une evocation discrete au triomphalisme de la *Missa Luba*. Les missions catholiques du Congo aux expositions universelles de 1897 et 1958», en J-L Vellut (dir.), *La mémoire du Congo. Le temps colonial*: 173-179. Tervuren, Gand: Musée royal de l'Afrique centrale, Éditions Snoeck.
- WATES, ALISON-LOUISE. 2005. *Mind Over Matter: A Catholic Ethnology for the Vatican's Ethnographic Collections (1911-1939)* [Tesis doctoral no publicada presentada en la Universidad de Oxford].
- ZURBITU, D. (SJ) 1929. «Crónicas de la Exposición de Barcelona». *Razón y Fe. Revista Quincenal Hispanoamericana*, 372 (2) (julio): 165-171.